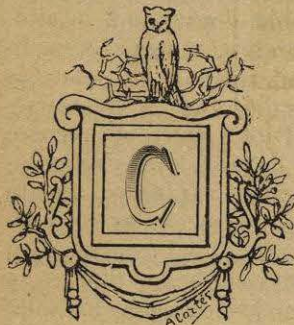




DISCURSO PRIMERO.

CAPITULO I

CÓMO EL HOMBRE ES INCLINADO Á BUSCAR Á DIOS.



Como el hombre se ha hecho, según se escribe en el Génesis,¹ de las divinas manos de Dios, á su imagen y semejanza, en hado (sic), en gracia, dedicado á sí, como último fin del hombre, sin tener este tal hombre, para recibir tan notables beneficios, y merced tan singular, merecimiento de su parte, pues, no siendo, carecía de mérito, y, después de hecho y criado, no lo podía tener en aquel principio, cuando apenas acabó de ser cieno, fué

¹ Génesis, 3.

forzoso darle algún impulso natural, para que por su medio buscase (á) aquel Señor, fin último suyo, y, hallándole, le amase, conociese y reverenciase, dándole las gracias merecidas, si no iguales á su bondad y majestad increada; puso, pues, su saber infinito en él una lumbrera intelectual, por lo cual, con un confuso conocimiento, según su corta capacidad, le conozca por su Dios y Criador Universal de todas las cosas, en cuyas manos está la vida y el ser, como principio y origen de todas las criaturas, y á quien naturalmente todos los hombres tienen inclinación y apetito de ir con un impulso, cuanto le es posible, por aquella lumbrera impresa en el alma, imaginando que toda su excelencia y bien consiste sólo en el mismo Dios que la crió, de la propia suerte que el fuego encendido en la tierra, su llama, en cuanto le es posible, encamina á lo alto, centro suyo. Por esta lumbrera, que es el entendimiento, viene la voluntad, reina de las potencias [aunque, como dicen los filósofos], á conocerse, según es alumbrado, al Dios á quien por reconocimiento y superioridad deben adorar y reverenciar, y tanto más se llegan al verdadero, cuanto el entendimiento está más claro en las consideraciones de las cosas criadas, y al contrario; el cual conocimiento, menos queriendo, filósofo, y por discurso de tiempo no lo alcanzaban los hombres, como se ve en Aristóteles, que, para hallarse por solo rastro y naturales movimientos, trabajó tanto en la composición de tantos libros, y hallando ser Dios primera causa de todas las causas, como una substancia pura y inmaterial de que en todo depende, dijo, habiendo visto que sería de maravillosa y excelente propiedad y deleitación: pues ya te he escudriñado y rastreado, Causa Primera de las causas, apiádate de mí; de

suerte que haber Dios ó causa suprema que con suma potencia, inteligencia y voluntad gobierne el mundo naturalmente, le es al hombre su conocimiento confuso, con el cual se inclina á buscarle como á su centro propio; pero cuál sea y cuáles sus propiedades, si es uno ó muchos, es imposible sin lumbrera de fe, la cual faltó á los filósofos antiguos.

CAPITULO II

CÓMO SE PRUEBA HABER DIOS.

Para declarar haber Dios, que todas las cosas gobierna y tiene debajo de su poderío, según las cosas naturales, es necesario tratarlo, lo que algunos filósofos y, entre ellos, Marcó Tulio dice, en el libro segundo de La Naturaleza de los Dioses: no puede haber en el mundo ningún hombre racional que, por la lumbrera natural, no tenga conocimiento de Dios y le conozca confusamente;¹ y entre los gentiles, sobre la cantidad hubo diversas opiniones, y el mismo Tulio, en el primer libro de sus Trasculananas (sic por Tusculanos), dijo: no hay nación en el mundo, por bárbara que sea, que carezca de Dios; y en el libro arriba citado introduce á Cleantes, filósofo estoico, el cual, para el conocimiento de Dios, propone cuatro causas á quien natural y confusamente el hombre se inclina á adorar, obedecer y servir como á Señor de todo: la primera es haber en el mundo adivinos y agoreros que, por sus agüeros de aves y otras cosas, adivinaban lo porvenir, lo cual tenían por cosa divina los gentiles, de que

¹ Cicerón, 2. De Nat. Deorum.

inferían: mal pudieran éstos acertar en lo futuro, si no hubiera Dios que se lo(s) comunicara por aquellos medios, haciéndolos sus intérpretes; y formando su argumento, hallaban haber Dios que les declarara lo porvenir. La segunda causa es la grandeza de los cielos, sus influencias y templanza, sus provechos y utilidades, la fru(c)tificación de las tierras y comodidades que de ella recibimos para el sustento de la vida humana, todo lo cual vemos y palpamos, y no de quién proceden; luego es causa divina y, por consiguiente, digna de adoración. La tercera es ver los relámpagos, truenos y rayos; nubes, lluvias, cometas y otras impresiones del aire; pestilencias, terremotos; abrirse la tierra; hundirse las ciudades; los asombros y espantos en el corazón y otras cosas que causen horror: demostración haber en el cielo movedor, de quien resultaban era Dios. La cuarta es la concordia, igualdad y templanza continua de los movimientos celestes, del sol, luna y estrellas fijas; planetas; su distinción, su utilidad, su mucha hermosura, su orden y concierto, su curso sin confusión ni mezcla de desconciertos, todo lo cual, considerado con los ojos de la razón, muestran no ser acaso [como los epicúreos querían], sino de propósito y de muy maduro acuerdo, y siendo con tanta consonancia, sin jamás faltar un punto de lo dispuesto por su Criador, tantos siglos guardada, es necesario confesar alguna causa que las rijan y gobierne; ésta, pues, es Dios Universal, Señor y Criador de todo lo, á quien llamamos Dios.

Aristóteles dijo: todos los hombres convienen en que el cielo es palacio real y lugar supremo de Dios, y no sólo suyo, sino de sus espíritus, por quienes entendemos los ángeles; ¹ otros, que

¹ Aristóteles, l. 6. De Ce. A. M.

con más oscuros ojos miraban y notaban las cosas, como los egipcios, tuvieron adoración á animales inmundos, por dioses, ¹ de donde los griegos la tomaron, dando deidad á hombres viciosos y carnales, y de ellos vino á los troyanos, de quienes sucedió en Roma honrar con sacrificios á semejantes dioses, inventando cada día más, de tal suerte, que, en tiempo de Hesiodo, poeta, según refiere Eusebio en el libro quinto de su Medicación Evangélica, y lo repite Moya, ² había en Roma treinta mil dioses, y no era mucho, según la poca deidad (que) á cada uno daban. De las razones de los gentiles arriba dichas, cogieron los teólogos para tratar de este conocimiento de Dios, y así dice Boecio que la razón natural enseña ser Dios digno de ser amado y servido, porque la naturaleza racional arde en deseo de su Criador. ³

Santo Tomás prueba que ofrecer sacrificios á Dios es de ley natural; ⁴ de suerte que en cualquiera tiempo y edad, y entre todas las naciones, hubo la dicha adoración y culto divino, y el conocimiento del verdadero Dios no ha faltado en el mundo desde su creación, ni los sacrificios, como consta del Génesis, donde se ve que de Adán vino. Vino á Enós, y dél á Noé, y dél á Abraham, de quien la aprendió y sacó; y dél Jacob, á quien subcedieron los patriarcas; y de ellos Moisés, caudillo electo de Dios, por cuya orden vino á los jueces, reyes y pontífices hasta la venida del Mesías, cordero sin mancha, *unido* hijo de Dios, distinto en personas, igual en substancia con el Padre y el Espíritu Santo, como nos lo enseña nuestra Santa Fe Católica, y de quien el mismo Padre Eterno, en el Monte Ta-

¹ Cicerón, 2 De Nat. Deorum.

² Moya, l. 1.º, cap. 8. phil.º.

³ Boecio, lib. 6. 3.º pro., cap. 1.º.

⁴ D. Th., 2.º, quest. 85.

bor, dijo: éste es mi hijo amado, en quien yo me recreo; oídle y seguid en lo que os dijere, como á vuestro maestro, á quien debemos creer y servir.¹

CAPITULO III

CÓMO TODAS LAS NACIONES DEL MUNDO, POR BÁRBARAS QUE SEAN, HAN TENIDO DIOSSES, SI NO ES LA DE ESTE NUEVO REINO DE LEÓN.

Habiendo probado, en los capítulos pasados, haber Dios y las causas que al hombre naturalmente mueven á reverenciarle y adorarle, conviene en éste mostrar cómo todas las naciones, así del Viejo como de este Nuevo Mundo, por bárbaras que hayan sido, han llegado á tener dioses á quien adorar y reverenciar, si no son las que han habitado y al presente habitan en el barbarismo de este Nuevo Reino de León; dando las causas para ello con las mejores autoridades que sea posible.

En la primera edad no pudo haber idolatría, por cuanto era toda una lengua, y aunque los hombres pecaron y fueron malos, que merecieron el castigo del diluvio,² no por eso dejaron de tener maestros, como Adán, Noé, que les acordaban las obras de Dios verdadero. Pasado el diluvio y multiplicados los hombres, envidioso el demonio de su extremada pérdida, instigó á los habitadores de la tierra á hacer aquella soberbia Torre de Babel, donde se confundieron las lenguas,³ que les obligó á repartirse por diversas

¹ Matheo, cap. 17.

² Génesis, cap. 11.

³ Génesis, cap. 7.

partes del mundo; y como en algunas faltasen hombres de edad y prudencia para dar razón de la que tenían del verdadero Dios, llegaron á hacer ídolos, adorando (á) hombres; y según San Agustín, los primeros que adoraron el sol y luna fueron los egipcios,¹ aprendiéndolo de Cham, hijo de Noé, el cual pobló aquella provincia y fué hechicero, deseando (sic por desechando) la doctrina que el padre le había dado, del verdadero Dios; fué amigo de inventar cosas nuevas, estragando á los hombres y atrayéndolos á sus novedades; y creyendo (sic por creciendo) el mundo y con él la ignorancia, llegaron á dar divinidad á cosas torpes y viles, como son gatos, ratones y otras inmundicias.

Los caldeos adoraron el fuego, porque decían era la cosa más poderosa del mundo, pues consumía todas cuantas materias había, de que se hacían los otros dioses; esta adoración quiso (destruir) donosamente un sacerdote egipcio, como refiere Rufino,² el cual tomó una tinaja grande de barro, hecha con muchos abujericos (sic) muy sutiles, los cuales tapó con cera, y llena de agua, pintó, por disimular los abujeros, de diversos colores; tomó una cabeza de un ídolo viejo, compúsola sobre la tinaja y desafió á los caldeos con su dios, diciendo era el más poderoso de todos los dioses, y que trujeran el suyo á probar cuál era el más valiente; los caldeos, para acreditar el suyo, por la confianza que dél tenían, lo trujeron de buena gana; echó un gran fuego el egipcio, puso su tinaja con su dios encima, y como el calor derritiese la cera, comenzó á (d)estilarse el agua, sin ser sentida, por la delicadez del abujero, y se apagó la lumbre y salió vencedora la tinaja.

¹ Lib. 16, cap. 11 de Civit. Dei.

² Arcit. eclesiástica.

Visto por los presentes, largaron el fuego y adoraron la tinaja, llamándola el Gran Dios Canopo; desta suerte procedió, de gente en gente, á los griegos, troyanos y romanos, y en común adoraron á los reyes, dándoles divinidad.

No faltó este conocimiento de Dios verdadero ó falso en ninguna nación de las que hasta hoy se han visto en el mundo, porque, si dejamos las antiguas, de quienes tanto han escrito, y ponemos los ojos en éstas del Nuevo Orbe, hallaremos que los del Perú adoraban infinitos, dando superioridad á uno, llamado Viracocha; los de México y todas sus provincias, y bien distintas en lenguas y principados, tenían mayor número de dioses que los romanos, ni todas las naciones del mundo, siempre reconociendo á uno por supremo, llamado Huisilepuztli (por Huitzilopochtli.) Pasando á aquellas partes orientales, como es la India, Etiopía, China y Japón, vemos, por las historias hechas de autores fidedignos, tener religión, templos, culto y adoración de sus ídolos. En la Vizcaya, Florida, Nuevo México, no les ha faltado, pues cada día los quitan los religiosos de San Francisco de las cuevas, que en los bosques tienen, como me contó lo había hecho, en la sierra de Auazamota, el P. Fr. Francisco Labado, siendo Guardián de aquel convento.

Solamente en esta parte de Indias, en esta porción del mundo que hay entre los límites de la Nueva España, Florida, la Vizcaya y costa del Norte, que se intitula Nuevo Reino de León, aquí es sólo donde no se halla ese, ni verdadero ni confuso, conocimiento de Dios; aquí sólo es donde el barbarismo se ha recopilado; aquí sólo es donde, de todo punto, los hombres, dejando la naturaleza, no la forma, se han convertido en fieras, olvidando el fin para que fueron criados, sin

reconocimiento á dios ni rey, dando superioridad á cosa criada; pues para que algunos indios, enfermos, ó puestos, por delitos, para ahorcar, reciban el bautismo, es necesario proponerles que han de ir al cielo y que hay allá muchos mimotes (sic por mitotes) y qué comer, con cuyo cebo lo admiten.

La causa porque ha sido tanto el barbarismo, ceguera y bestialidad de esta gente, es, mirándolo con consideración cristiana, permisión de Dios; que los hombres que están á rienda suelta, se olvidan de Su Divina Majestad, dándose todos al vicio, á las carnalidades, pecados que son fuera de los límites de la razón humana; siendo dejados de su poderosa mano, dejándonos (sic por dejándolos) caminar con sus desordenados apetitos, para que, encenegados en ellos, se olviden de la obligación que á su Criador tienen, no haciendo caso de su palabra, ni temiéndole; los que, faltándoles este temor y conocimiento, no teniendo maestros que les enseñen, pierden el respeto á Dios, la vergüenza al mundo y quedan iguales á los brutos irracionales, como dice el Apóstol San Pablo: ¹ entrególos Dios á un reprobado sentido, para que hagan aquellas cosas que no conviene hacerse, por estar llenos de toda maldad, malicia, fornicación, avaricia y iniquidad, y porque están como hidrójicos, hinchados de vicios, vomitando muertes, envidias, engaños y contenciones; con que queda ello entendido que la causa que da el Apóstol, es haberse los hombres entregado tan á rienda suelta á sus vicios, que han quedado en ellos con un hábito grosero, ciegos y confusos, cual están estos indios de este Reino,

¹ Rom. 1.

Dr. A. Fernandez.

533 Bolivar, 533. Monterrey.

tan olvidados de aquello que huele á religión, que no se diferencian más que en la forma, de los brutos animales.

CAPITULO IV

CÓMO NINGUNA NACIÓN HA CARECIDO DE MAESTROS PARA EL CONOCIMIENTO DEL VERDADERO DIOS, Y LOS RESQUICIOS (SIC POR INDICIOS) QUE EN ESTE REINO SE HAN HALLADO DE HABERLOS HABIDO.

En la primera edad del mundo, se lee en todo el sagrado libro del Génesis, que Adán enseñó á los hombres el conocimiento de las cosas naturales, el conocimiento y temor de Dios, y que el patriarca Enoc(h), hijo de Set(h), nieto suyo, enseñó el culto divino invocando su santo nombre, como lo notan aquellas palabras: *iste cepit invocare nomen domini*;¹ pues no queriendo ellos seguir las pisadas de éste, se apartaron de la cara de Dios, causando tanto desorden, que obligó á Dios, pesándole de haber formado al hombre [si es que puede haber en Dios arrepentimiento], á anegar al mundo con el general diluvio, guardando al patriarca Enoc(h), hijo de Lared, (sic por Jared), donde es servido,² para comprobación de esta verdad.

Después del diluvio, hasta la venida de Cristo al mundo, fin de la quinta edad, no faltaron profetas, profecías, castigos, y presagios que daban aviso del Creador de todas las cosas, para que no se ignorasen en las tres partes del mundo descubierto, como (de) toda la Sagrada Escritura y de

¹ Génesis, 4.
² Génesis, 6.

muchas historias divinas y profanas consta, cuya verdad y certeza atestiguará el celoso Elías, cuando la Divina Majestad lo saque del lugar de su depósito; venido, pues, el Salvador del mundo, dándole luz, desterrando las tinieblas en que estaba sumergido, después que con el sagrado bautismo dió gracia á los hombres para que pudiesen entrar por las puertas diamantinas que abrió desde la cruz, á gozar de aquellos inmensos bienes de su celestial morada, mandó á sus discípulos se repartiesen por el mundo á predicar, diciéndoles: *cuntes in mundum universonum predicate evangelium omni criature*.¹ De creer es que en aquella palabra *universonum*, se comprende todo lo que está debajo del orbe, y que en personas tan santas, tan celosas de la ley y tan deseosas de predicarla y sacar al mundo de sus tinieblas, que no dejarían, en todo él, tierra poblada donde no pasasen á predicar; pues quien llevó los animales de este Nuevo Mundo á guarecer en el arca de Noé para que su especie no se perdiera en el general diluvio, y quien llevó al profeta Abacuc por un cabello á Babilonia á dar de comer al que estaba en la leonera, mejor traería y mostraría vías fáciles á sus apóstoles para que predicasen su santa ley; que claro está que, habiendo derramado su sangre, padeciendo tantos tormentos, y dado la vida por el hombre, no había de dejar á tantos millares, como en este Nuevo Mundo había, sin ese nuevo conocimiento; pues el precio de la que derramó fué por librar, tanto á estos bárbaros y como á los más altos príncipes de su pueblo, que, como dijo por San Marcos,² no venía á este mundo sino á llamar á los pecadores, no á los justos; y, así, piadosamente se puede creer

¹ Marcos, 16.
² Marcos, 2.

que alguno de los apóstoles, por ordenación divina, vendría á predicar á estas partes; y aunque no se hallan muestras de ello, por haber tantos años desde aquel tiempo á la entrada de los españoles, se puede colegir, de las historias de los indios, que refiere(n) el P. Fr. Juan de Torquemada, Gomara y otros, tenían un dios llamado Quetzalcohuatl (por Quetzalcoatl) los mexicanos, el cual les dió leyes, ritos y ceremonias, y, dejándolos bien instruídos, se fué por la mar, prometiendo de volver; este tal dios era blanco y barbado, y ellos le esperaban por la parte que sale el sol, que había de venir por el mar. Y no desdice que sea algún apóstol que les predicase la ley evangélica y vuéltose, y con su mucha ausencia y prolijidad de mil y quinientos años, fueron, con las supersticiones del demonio, perdiendo lo que el divino Apóstol les enseñó, adulterando la sana con la falsa doctrina; y como no tuvieron libros ni letras con que enseñarse unos á otros, se perdió totalmente, porque en aquel tiempo era gente bárbara, y no tenían las nudas (sic) ó tipos que después usaron para sus memorias. En el pueblo de Cuextlabac se vieron, en una peña tajada, hombres pintados, al traje español, y gallinas de Castilla, y no supieron los indios dar razón quién allí los había pintado, según refiere Henrico Martínez;¹ y pasando á esta gente de este nuevo Reino, también en medio de su barbarismo no dejaron de tener algún hombre, ó, por voluntad de Dios, algún ángel, que les diese luz de la verdad, dejando, en señal de su dureza de corazón, los vestigios que en una muy dura piedra se ven; que á quien facilitó el pasaje en el vientre de la bestia marina para que pudiese predicar su palabra al pueblo

1 Henrico Martínez, 25, tra. 2.

gentílico,¹ no le sería dificultoso hacerlo por diversos modos á esta miserable gente. Yendo yo con una compañía, por el mes de agosto del año de mil seiscientos y cuarenta y tres, desde la villa de Cerralvo al descubrimiento de una salina, á quien llamamos San Lorenzo, por haberlo hecho un día antes de su festividad, iba por lengua un indio llamado Martinillo; de nación catará, que había andado toda aquella tierra y comunicado con los indios que están, pasado el río, que en aquella parte conserva el nombre de San Juan, me dijo delante de todos los compañeros: señor, si hallamos las salinas, volveremos por aquellos bosques que acullá parecen, y verás un ojito de agua pequeño, que siempre está lleno y no corre, ni crece, ni mengua, ni se le halla fondo, y en su bordo está una macolla de trigo de Castilla, que espiga y grana, y aunque los indios la cortan, siempre sale y jamás falta, y cerca del ojo de agua está una piedra grande y dura, á la cual, oí á los viejos antiguos que sus mayores les decían, venía algunas veces un hombre de buen rostro, y mozo, y les decía muchas cosas buenas, y les estaba un rato hablando, y después se iba, y que cuando ya no parecía, venía otro hombre muy feo, pintado como ellos y les decía que no creyesen lo que aquél les decía, que era un embustero, y que con esto, en volviendo el otro, estaba triste y hacía su plática y se iba con poco fruto, y visto no le querían seguir, se fué de una vez y dejó la estampa de los dos pies en la piedra donde se paraba y que hasta ahora estaba así. Seguimos la jornada, y al cabo de largas vueltas, pasamos muy lejos del puesto señalado, y dando razón á Su Señoría, mandó se ali-

1 Jonás, 2.

ñase jornada aquella parte, que no tuvo efecto por estar Martinillo enfermo, que murió en breve, quedando una cosa de tanta importancia sin descubrir, ya que se puede dar crédito, por haberlo Martinillo dicho con tantas razones tan verosímiles, que no se puede tener duda, cuando tenemos un Dios tan inmenso y de caminos investigables, que el mejor entendimiento es tierra para comprenderlos.

En la relación que hace Cabeza de Vaca, de los trabajos que pasó con tres compañeros que quedaron de la jornada de Pánfilo de Narváez, en la Florida, atravesaron la tierra que hay de ella á la Mar del Sur, enseñando á la gente bárbara que la habitaba, y le haciendo, por virtud de la señal de la cruz, infinitos milagros, hasta resucitar muertos, y parece, por buena regla de Cosmografía, de donde salieron para llegar á la parte donde llegaron, era forzoso pasasen por muy cerca de donde es hoy la villa de Cerralvo, por la parte del Norte, todo lo cual no carece de misterio, pues en ningún tiempo les ha faltado quien les dé luz de la ley evangélica y de Dios Trino y Uno para que, cuando se vean en aquel juicio supremo, no tengan en su favor disculpa, sino que queden justamente convencidos, pues, viendo Dios su obstinación y malicia, castigó sus pecados con pecados, dejándolos en la ceguera en que viven; ciérraos Dios vuestros ojos para que no le veais, dice el profeta Isaías;¹ anegándolos en los abismos de vicios en que viven, quedando hechos salvajes y sin tener más dios ni adoración que á su vientre; en él idolatran, y teniéndolo lleno, quedan hartos, como el topo de tierra, y ciegos, que siempre los que se apartan de Dios no tie-

¹ Isaías, 6.

nen mejor descanso que sus propios vicios, lo cual defenderá aquel fiel vestigio (sic) que durmió en los pechos de su maestro, cuando venga á predicar al mundo y cuando, como juez, juzgare las gentes que habitaron el orbe, que será en la consumación del mundo.¹

CAPITULO V

DE LAS DIVERSIDADES DE LENGUAS QUE ESTAS GENTES HABLAN.

Cosa muy antigua es en los hombres seguir varios pareceres y no venir en lo que algunos han querido, causa de confundirse las repúblicas que han sido gobernadas por hombres doctos y regidas con leyes propias; pues vemos que hasta en el cielo hubo, luego que fué la creación de los ángeles, aquella tan reñida contienda entre ellos, por seguir diversas opiniones, blasfemando unos, y otros confesando el poder de Dios. Así estas gentes de este Nuevo Reino, viéndose en los principios de su población con el descuido y flojedad que los hombres sin dios ni rey tienen, no obligados por preceptos á conservarse en un cuerpo, un lenguaje y un pueblo, sino siguiendo instigados del demonio, por tener más ocasión de atraerlos á su reconocimiento—el mal natural que de nuestros padres heredamos—armaron contiendas, dividiéndose en parcialidades. Asimismo, en la primera población del mundo, las hubo entre Caín² y Abel, matando á éste, de que resultó el

¹ Lucas, 22.—Matheo 19.

² Caín, 4.

apartarse del gremio de la Iglesia y, por consiguiente, anegarse en las generales aguas.

Extendiéndose, pues, en este Reino, cada hombre con su mujer y hijos por diversos ríos y montes, por gusto suyo y por más largamente darse á sus vicios y seguir sus pareceres, hallando cada día diferentes puestos, árboles y plantas de las que no habían visto, unos por unas y otros por otras partes, fueron confundiendo la lengua propia en tanta diversidad de ellas, que parece que la fábula de Ovidio, que cuenta de la hidra que Hércules mató, á quien, cortándole una cabeza, de siete que tenía, le nacían dos,¹ se puede entender por esta gente, que, divisa, cada parcialidad formó vocablos, corrompiendo los nativos, que una ranchería á otra no se entendían, aunque no fuera mucha la distancia de leguas que habitaban [siendo tanta, que son sin número;] y no hay que espantar que en tan poca distancia perdiesen tanto de su lenguaje, pues menos había entre los fabricantes de la soberbia torre y permitió Dios la confusión de lenguas, y viendo no se entendían los unos con los otros, fué forzoso dividirse á diversas regiones, castigo justo á su soberbia por seguir su gusto solo. Así estos bárbaros, difusos por estos bosques, perdiendo el lenguaje, perdieron también el conocimiento que podrían tener de la creación del mundo, quedando en la ceguedad é ignorancia que han tenido, y hoy, por voluntad de Dios ó justo juicio suyo, les dura, con menos esperanzas de su conversión hoy, que á los principios. Cuentan á este propósito el P. Acosta² y Henrico Martínez,³ que, caminando los mexicanos del Norte, donde

¹ Ovidio, lib. 7, 9 Methamorfosis.

² Joseph Acosta 70, cap. 4.

³ Henrico Martínez, cap. 11, trat 42.

vinieron, pasaron por la Provincia de Michoacán, y queriendo, por su fertilidad, quedar allí á poblar, no lo consintió su ídolo, permitiéndoles el dejar alguna gente que lo hiciese, y buscando modo para hacerlo, porque de no estar todos, no quería nadie poblar, aguardaron á que entraran á bañarse á una laguna muchos hombres y mujeres, y entrados, les hurtaron la ropa, y sin ser vistos, prosiguieron su viaje, y habiendo salido los del baño, no hallando su ropa y viendo la huída, se enojaron y conchabaron á no seguirlos en camino ni religión, y se juramentaron á mudar lenguaje, y así lo hicieron, y siendo á éstos fácil, más lo sería á los de este Reino, por ser más divisiones de menos razón.

CAPITULO VI

DEL MODO DE VIVIR DE ESTA GENTE.

Entre todas las naciones del mundo que hasta hoy se ha sabido, no ha faltado la virtud de la justicia, de la cual depende el vivir políticamente, pues de ella nace el gobierno por donde se rigen las repúblicas, castigando agravios y premiando virtudes, con que parece tienen enfrenados los súbditos con aquel temor, á la cual llama Aristóteles¹ virtud social, y de necesidad le han de seguir las otras virtudes, como, á la contra, la injusticia es causa de enemistad y discordia. Demóstenes dijo que, como el cuerpo sin alma es forzoso caer, así la república sin gobierno ha de caer á un abismo de confusiones y se ha de aca-

¹ Aristóteles, Política 3, cap. 8.